

que se hallaba al frente de la antes sombría situación del istmo de Tehuantepec; dos ó tres días después, como para no estorbar sus operaciones apremiantes y de vida ó de muerte, y como para que tuviesen tiempo de descansar de la tremenda brega los luchadores; dos ó tres días después del combate, se recibió aviso de la comisión establecida al efecto en el puerto de Ventosa, de que el buque que debía transportar el armamento al general Álvarez se hallaba ya á la vista.

«Entonces,—dice el general Díaz, en lo que de él copiamos,—mandé reunir el número de carretas que se necesitaba para transportarlo, y componer el camino que conduce de Juchitán á Ventosa por la playa, pasando por la hacienda del Zapotal, y marché para el puerto, en donde embarqué todo el armamento á cargo de D. José María Romero, hermano del estadista D. Matías del propio apellido.»

Tal armamento llegó con felicidad al punto de su consignación, después de haber corrido los peligros que hemos reseñado, y provocado, por parte del joven Díaz, rasgos de abnegación y de heroísmo.

Dejando las impresiones vivas que produce la admiración, el ya coronel Díaz se alejaba al fin de aquella ardiente tierra de Tehuantepec, removida por todas partes con el rastro que marcaran sus esforzadas y gloriosas bregas, las que iluminó fantástico, con sus colores de fuego, el cielo llamante del Istmo.

A otra parte lo llamaban los destinos de la guerra.



VIII

Combates de Mitla, Santo Domingo, Oaxaca é Ixtepeji.

1860

APENAS regresa Porfirio Díaz á Juchitán, atendiendo á instrucciones que recibiera, se ocupa de organizar una columna con que debía concurrir al ataque de la plaza de Oaxaca.

Sobre el particular dice en su Autobiografía:

«Aumenté, instruí y uniformé al batallón Independencia tanto como era posible en pocos días, y recibí del gobernador de Chiapas, por orden del señor Juárez, que aun permanecía en Veracruz, una fuerza como de setenta hombres, mandada por el coronel D. Nicolás Ruiz y el teniente coronel don José María Vela, que agregué á los restos de las compañías de cazadores y granaderos de mi cuerpo, que á esa fecha apenas sumaban entre ambas un total de cien hombres.

»Salí de Tehuantepec con dirección á Oaxaca el 5 de Enero de 1860, siguiendo el camino nacional hasta San Carlos Yautepec, distante como 35 leguas de Oaxaca, y de allí marché hacia la derecha del camino por la cañada de Narro, hasta San Lorenzo Alvarradas, para evitar que el enemigo tuviera noticia de mi movimiento y para acercarme más á las fuerzas del gobierno del Estado, que debían venir á Tlacolula á proteger mi marcha y á fin de reunirnos allí. El 20 de Enero pernocté en el monte, cerca del pueblo de San Lorenzo Alvarradas.

»Al día siguiente, cuando emprendía mi marcha para Tlacolula, noté algunos síntomas de insubordinación entre los juchitecos, en quienes la volubilidad de carácter se imponía, y á pocos momentos, el teniente coronel Cosme Damián Gómez, que por enfermedad del teniente coronel Pedro Gallegos mandaba ese batallón, me dijo que los juchitecos habían cumplido con acompañarme hasta cerca de Oaxaca, que era su objeto; que ya no tenía yo peligro, que no querían alejarse más de su pueblo, y que se proponían regresar á Juchitán. Como esto constituía una rebelión al frente del enemigo, formé las compañías de mi batallón ante los insurrectos, mandé á éstos terciar armas, y como quedaran impasibles, parecióme de pronto prudente no generalizar la cuestión de hechos dándole carácter colectivo; y así, para buscar la restricción indirectamente, individualizándola, me dirigí al sargento que cerraba el costado derecho y que se hallaba á mí más cercano, é imponiéndomele con violencia, espada en mano, lo mandé entrar á las filas que había dejado y terciar el arma. Obedeció mi orden, y entonces repetí la voz de mando á toda la fuerza, que la atendió uniforme. La consideración de que estaba con el enemigo casi á la vista, así como la no menos atendible de que

los juchitecos eran guardias nacionales indisciplinados, y casi á ruego auxiliares míos, no me permitió proceder con la energía con que hubiera debido obrarse si de verdaderos militares se hubiese tratado.

»Coloqué á vanguardia la fuerza de Chiapas, en el centro á los juchitecos, y á retaguardia las dos compañías de mi batallón, dándoles orden á los soldados de éstas en alta voz, y de modo que los aludidos la entendieran, de pasar por las armas sin más consulta á todo soldado que se retrasara en la marcha. En estas condiciones, y como una hora después de ocurrido ese suceso, fui atacado de improviso por el regimiento de guías de caballería que mandaba el teniente coronel Antonio Vidal Canalizo, el cual formaba la vanguardia de la columna de Marcelino Cobos, compuesta de mil trescientos hombres, que venía de Tlacolula á batirme. José María y Marcelino Cobos habían ocupado á Tlacolula antes de que llegara la fuerza liberal de la sierra, conmigo combinada, y el segundo había salido á encontrarme. Resistí el primer ataque del regimiento de guías, que pude rechazar, quedando muertos en él su jefe Canalizo y el capitán Miguel Monterrubio, así como algunos de sus soldados y caballos. Ocupé en seguida una colina frente á la hacienda Xagá, cerca del pueblo de Mitla.

»Derrotado el regimiento de guías, retrocedió hasta ser protegido por la fuerza de que dependía; y cuando llegó la infantería enemiga con su artillería, emprendieron formal ataque, hasta ocupar la colina que yo defendiera y que había dejado un tanto débil, tratando de detener á viva fuerza á los juchitecos, que agrupados, huyeron al fin en esos momentos en que su huida determinaba mi derrota. Sin embargo, como los restos de granaderos y cazadores quedaban en buen estado de moral, é indignados por la conducta de los juchitecos, haciendo un esfuerzo supremo pude con ellos recobrar la colina, en que abandonó Cobos dos obuses de montaña, que constituían toda su artillería; pero no pude conservar esa posición ni las piezas capturadas por ser muy reducido el número de mis soldados, que el combate había disminuído á ochenta. Sobre ellos se emprendió nuevo ataque por todas las fuerzas contrarias; y no teniendo ya elementos bastantes para resistir, me determiné á abandonar la colina, inutilizando previamente los cañones que había tomado al enemigo, y que no podía llevar porque sus tiros de mulas no habían caído en mi poder.»

Aquel grupo de veteranos del 2.º batallón de Oaxaca, resto glorioso, reliquia que había quedado de las compañías que, bravas en todas partes, habían sido el núcleo, el nervio de acción de duras campañas y desiguales combates; aquel grupo, rodeando á su campeón que los había siempre llevado á la victoria, lo acompañó integérrimo, sublime á la hora de la derrota, y se retiró organizado, dejando ver que los héroes también en la desgracia se muestran admirables. ¡Ah, sí!, ¡más, muy más grandes que á la hora de los triunfos!

El sol oblicuo de la tarde iluminaba la retirada, prolongando en el declive de la llanura la sombra de la agrupación en marcha, que, empolvada y con sus heridos, se destacaba impávida y sombría, cerniéndose sobre ella el genio fatal de los desastres.

Fué la primera derrota que se infligiera á Porfirio Díaz, y su ánimo, exaltado por aquel acontecimiento, su imaginación terriblemente herida por concepciones de amargura y de pena, le ocasionaron una verdadera fiebre, que con la fuerza de su voluntad supo contener dentro de su ser, sin hacer manifestación alguna á sus subordinados. Su impresión fué tan honda, nos ha dicho en sus confidenciales pláticas, que al hallarse ya sin peligro, bajo la arboleda del vecino monte, á donde se refugió después del desastre, miraba al frente, y entre el follaje se le representaba vivo, palpitante y con los destellos más crueles para producirle dolor, el cuadro de la derrota de su fuerza: los juchitecos desertando, la otra fuerza de Chiapas abatida, y sus soldados de Oaxaca cayendo y cayendo

en su derredor, con un lujo de valor en las circunstancias, tanto más triste cuanto que era estéril; y que tornaba la vista á otra parte, para apartar la visión, y en el cielo crepuscular de la tarde, las nubes orladas de rojo, como de sangre y fuego, le volvían á semejar el cuadro angustioso...

Cruel herida para semejante alma; pero pronto venció á la fiebre del cuerpo la naturaleza atlética, y á la pena del espíritu que la motivara, la voluntad dominadora y firmísima en que se forja la resignación. Dice aún con melancolía el General, al hacer referencia á aquellas circunstancias: *Pensaba para confortarme, en la grandeza de ánimo que la abnegación militar demanda.*

Efectivamente, tal es así: el sufrimiento aceptado con abnegación ennoblece, y en la carrera militar glorifica. Alguna vez el que esto escribe, ha asentado ese hermoso principio (1).

Los altos pensamientos se dan cita donde ilumina la verdad y se oye la voz del deber.

La victoria no es una obligación, pero sí lo es el seguir sin desmayar nuestras banderas después de que ella nos ha herido, como las siguió sin tregua el coronel Díaz, mostrándose cada día más esforzado aún, como si se hubiera mejor templado con la caldeante llama del infortunio.

Tiempo adelante hay para contemplarlo en medio de la acción ferviente y tumultuosa de nuestras guerras.

Sigámosle en su Autobiografía, en que da cuenta de los sucesos posteriores á los expresados, en la siguiente forma:

«Después de la acción de Mitla, seguí el camino de la sierra para incorporarme con la columna procedente de Ixtlán, que debía esperarme en Tlacolula, y que había sin duda suspendido su marcha, porque Tlacolula había sido ocupada por José María Cobos. Al día siguiente, 23 de Enero de 1860, incorporado Marcelino á José María Cobos, no esperaron á que el gobernador D. José María Díaz Ordaz bajara á la planicie, sino que ellos atrevidamente, alentados sin duda por el triunfo sobre mí obtenido, fueron á batirlo al pie de la sierra, y tuvo lugar la acción de Santo Domingo del Valle, en la que Cobos fué completamente derrotado, pero mortalmente herido el señor Díaz Ordaz, que falleció al día siguiente. Quedaron allí, en poder de nuestras fuerzas, tres cañones de batalla, de Cobos, y tres de montaña.

»Don Marcos Pérez, que era Presidente del Tribunal, por ministerio de la ley substituyó al gobernador, con carácter de interino, y al coronel Salinas se le dió el mando de la fuerza. Salinas, que era hombre de valor, aunque con pocos conocimientos, marchó adelante de Santo Domingo del Valle por el pie de la sierra y fuera del camino, hasta Tlalixtác, en donde yo me incorporé á su fuerza, con el ánimo cohibido ante mis compañeros por mi reciente derrota, tres días precisamente después de ocurrida ésta.»

Debemos advertir que el enemigo, no obstante el triunfo sobre él obtenido, abundando, como con relación á las fuerzas liberales abundaba en elementos, no quedó inutilizado para hacer nuevamente movimientos ofensivos, teniendo por base de operaciones la ciudad de Oaxaca. Su moral pronto se repuso, después del golpe sufrido.

El entonces coronel Díaz, por su parte, visto que encontró cordial acogida entre las fuerzas á que se unió, y dado el ascendiente que, debido á sus reconocidos antecedentes, tuvo luego sobre el jefe de esa fuerza, recobró su ánimo y dió expansión á su genial iniciativa, como se ve de las líneas que á continuación copiamos. Dice en ellas:

(1) *Conversaciones militares*, escritas por el autor.

«Incorporado ya á la fuerza del coronel Salinas, el 26 de Enero le aconsejé que fuéramos sin pérdida de tiempo á sitiar á Oaxaca, entrando por San Felipe del Agua, para tomar el cerro de la Soledad; y obsequiada mi indicación, marchamos sobre Oaxaca, á la vista de la caballería enemiga, que guardaba el contacto con nuestras tropas y la cual hizo algunas intentonas, queriendo aprovechar momentos que juzgó oportunos; pero con mis dos antiguas compañías, aumentadas con otra fuerza de Oaxaca, la combatí hasta alejarla de nuestro frente. Así pudimos seguir tranquilos nuestra marcha, y llegamos á San Felipe el 1.º de Febrero de 1860. Una fuerza de infantería contraria se defendió en el fortín, pero se lo tomamos el 2 de Febrero y comenzamos á sitiar la ciudad. No pudimos cercarla completamente porque teníamos pocas tropas; pero ocupamos puntos importantes á su inmediación, en donde prolongamos nuestra permanencia sosteniendo diarios tiroteos.

»El 9 de Marzo, estando nosotros en el fortín de la Soledad y cerros inmediatos, el enemigo hizo una salida por el barrio de China, y ocupó parte del Marquesado, con lo que dejó cortada la posición nuestra del fortín de la Soledad. En tal virtud, ejecutamos un ataque un tanto vigoroso para desalojarlo de allí y obligarle á volver al perímetro de la ciudad, operación que nos dió resultado, y que costó algunos soldados por una y otra parte.

»Nada serio volvió á intentar el enemigo en lo sucesivo sobre el Marquesado; y sus salidas, verificadas por el lado opuesto ú oriental de la ciudad, no tuvieron resultados prácticos de importancia, haciéndolas como las hacía siempre con caballería, que era batida constantemente por la nuestra, á la cual protegíamos con la artillería situada en la altura.

»Para la mejor comprensión de los sucesos debo hacer una digresión, retrogradando en el orden que los relato.

»A poco de haberme incorporado á las fuerzas del coronel Salinas, ocurrió un episodio que sin duda contribuyó al mal éxito del sitio que pusimos á Oaxaca: se habían suscitado algunas rivalidades entre D. Marcos Pérez, gobernador interino, y el coronel D. Cristóbal Salinas, que contaba con algunos amigos políticos, quienes creían que debía ocupar el gobierno del Estado. Al saber D. Marcos Pérez, que tenía cariño y especial predilección por mí, que me había incorporado á las fuerzas del coronel Salinas, mandó en comisión á Tlaxiá, en donde nos encontrábamos entonces, á D. Manuel Toro, que era á la sazón tesorero del Estado, para que me entregara un pliego que contenía una orden en que se me prevenía que me encargara yo del mando de la fuerza, arrestara al coronel Salinas y lo mandara preso á Ixtlán, en donde residía el Gobierno local. No estimé prudente esa medida, porque Salinas no era un obstáculo para el buen éxito de la campaña, pues tenía gran deferencia por mí; temí, además, que ella dividiera á los caudillos liberales, y me sentía, por último, cohibido hasta para aceptar lisa y llanamente el mando de esa tropa, aunque no hubiese sido necesaria violencia alguna, cuando acababa de sufrir una derrota; por todo lo cual supliqué á D. Manuel Toro que hiciera presentes estas consideraciones á D. Marcos Pérez, para que no insistiera en su orden. No quedé satisfecho de mi conducta D. Marcos Pérez, pero tampoco insistió en su orden de aprehensión y destitución del coronel Salinas. Juzgué que probablemente éste había tenido noticias del caso, porque le encontré muy contrariado en la noche de ese día; tuve una explicación personal con él, y supe que efectivamente todo había llegado á su conocimiento, lo cual no impidió que siguiéramos en buena armonía durante la campaña.

»Supongo que D. Marcos comunicó estos sucesos al presidente D. Benito Juárez, quien, creyendo acaso que las disensiones que había entre los principales jefes del Estado serían un obstáculo

para el buen éxito de la campaña, determinó mandar á un jefe extraño, y fué designado para ese objeto el general D. Vicente Rosas Landa, quien se encargó del mando el 12 de Febrero de 1860.

»Mientras esto pasaba, nosotros seguíamos en posesión de las alturas inmediatas á la ciudad y preparándonos á un asalto. Para ejecutarlo, nos ocupamos en construir municiones y proporcionarnos otros pertrechos necesarios. Creo que habríamos obtenido buen éxito en la realización de nuestro proyecto si hubiéramos quedado entregados á nuestros propios esfuerzos é inspiraciones; pero el general Rosas Landa, que estaba acostumbrado á mandar soldados más disciplinados que nosotros, y á contar con más recursos de los que teníamos, no aprobó nuestra decisión de asaltar la plaza; le pareció que era muy peligroso jugar semejante azar, sin todos los elementos que nos dieran más probabilidades de triunfo. Así es que, mientras nos llegaban de Veracruz los recursos que pidió para intentar un golpe á fondo, el general Rosas Landa acordó que, conservando nuestras ventajosas posiciones, mantuviéramos en ellas una expectante defensiva; pero esto no podía ser, porque las provocaciones nuestras ó las del enemigo, en las diarias escaramuzas, nos arrebatában á diversas empresas.

»Así, por ejemplo, en los primeros días de Abril (1860) hube de exponer á mis subordinados en la toma que verifiqué de la manzana del Habitero, donde se efectuó un verdadero combate; y lo hice también, por orden del mismo general en jefe, atacando el convento de la Concepción, á fines del mes citado, y la manzana del hospital de San Cosme el día 6 de Mayo, sin conseguir el objeto propuesto y perdiendo inútilmente, en uno y otro ataque, á muchos de nuestros soldados. Por tal manera se gastaban las energías, sin provecho y sin un plan general bien definido. Así corrieron los meses, pero no sin ventajas para el enemigo, pues el gobierno reaccionario establecido en México mandó entretanto, para proteger á Cobos, una columna compuesta de más de mil hombres, á las órdenes del general D. Santiago Cuevas, y esa fuerza, con su aproximación, nos obligó á levantar el campo el 11 de Mayo de 1860.»

Jefes de ímpetu como Salinas, y de pasmosa iniciativa y arranque como Porfirio Díaz, obligados por la obediencia, habían sido maniatados frente al enemigo por un general que no se dió cuenta de sus aptitudes y que, con sus disposiciones, sólo fué á suspender la vida en acción de aquella máquina de guerra que formaba la columna liberal que amenazaba á Oaxaca.

Se demandaban por Rosas Landa, elementos de un gobierno que de todo carecía, en vez de crearlos, de buscarlos por sí, como aquellas circunstancias lo exigieran, y no se obraba porque ellos no eran ministrados. ¡Qué diferencia entre este proceder y el del comandante militar de Tehuantepec, después que de esa ciudad, acosado, se retiró á Juchitán, para de allí volver como el león, que si retrocede es para encogerse sobre sí y preparar el salto mortal sobre la presa!

En mala hora fué Rosas Landa á ponerse al frente de esa situación, á cuya altura no se hallaba ni por su cerebro ni por su corazón.

Iniciativa, esfuerzo y valor, más que nunca se demandaban en aquellos tiempos de lucha diaria, en que no había que esperar de un gobierno que, en ciertos momentos, casi sólo como bandera existía, ni hombres, ni armas, ni municiones, ni vestidos, ni pre, sino órdenes apremiantes, que bajo pena de sacrificar la causa á que se servía, habían de cumplirse á trueque de todos los sacrificios.

El jefe tenía que ser, á la vez que el adalid, el proveedor, y había que improvisar sobre el país sus elementos de vida y de combate.

¡Qué tiempos y qué luchas!

Las tropas se retiraron, pues, y tomaron para guarecerse el rumbo de la sierra, donde las po-